

**FRANCISCO RICO**  
El sueño  
del humanismo

De Petrarca a Erasmo

## TABLA

Prólogo	9
Nota del 2002	15
I. Las dimensiones del sueño	19
II. Las raíces	25
III. Paradigmas	34
IV. Formas de vida	44
V. Los caminos del nuevo mundo	58
VI. Entre Italia y Europa	72
VII. Filología	85
VIII. El canto del cisne	101
IX. De Erasmo a Petrarca	126
X. Final	152
EXCURSOS	
<i>Laudes litterarum: Humanismo y dignidad</i> del hombre	163
Luces y sombras de Poliziano (Erasmo, Vives, Budé)	195
Índice alfabético	215

## PRÓLOGO

**P**OCOS MOVIMIENTOS intelectuales han dejado huellas más hondas que el humanismo en las avenidas de la cultura europea; quizá ninguno de envergadura comparable es hoy tan pobremente conocido. Lorenzo Valla no tiene menor estatura y probablemente ejerció tanta influencia como, pongamos, Voltaire. Sin embargo, no se nos ocurra preguntarle por qué a un *historien des mentalités*... \* No quiero decir que la noción de 'humanismo' no tenga curso corriente en muchos dominios. Por el contrario, *humanismo* y *humanista* son rótulos que uno encuentra a menudo en monografías y obras de conjunto sobre la literatura, la filosofía, el arte, la ciencia, la política o el derecho de la Edad Moderna. Pero me temo que con demasiada frecuencia el recurso a tales etiquetas está lejos de responder a una imagen adecuada de la realidad histórica.

Podemos echarle la culpa a las palabras. *Humanismo*, cierto, es voz tan joven, que ni siquiera ha cumplido los dos siglos: nació para designar un proyecto educativo del Diecinueve temprano y sólo después se aplicó retrospectivamente, tanteando, al marco de un Renacimiento entonces todavía poco explorado. De ese parto tardío y de esa utilización *a ritroso* le han quedado resabios difícilmente corregibles, una irrestañable querencia a teñirse de connotaciones contemporáneas e

\* Jacques Chomarat copia y comenta la cita de uno de gran renombre: «Laurent Valla [...] mène pendant trente ans dans les Universités italiennes (avec Filelfo, Guarino, Gasparin de Bergame, Vittorino de Feltré) le débat autour du véritable Aristote, sa physique et sa morale». Autant d'affirmations, autant d'erreurs». No es mejor la situación entre nosotros: en un suplemento literario coordinado por un distinguido catedrático de filología, el editor de dos de las obras menores del Nebriense asegura que Elio Antonio comenzó su campaña contra la barbarie al volver «de Bolonia, donde había estudiado con Lorenzo Valla». Hay ahora más errores que afirmaciones.

introducir en la descripción histórica resonancias de «l'esprit humain» o «la science de l'homme» de la *Encyclopédie*, de los «derechos del hombre», los «valores humanos» o el «humanitarismo» de días aún más cercanos.\*\*

Pero también podemos echarle la culpa a las cosas. El humanismo brotó de un ideal de renovación tan ambicioso y, en efecto, dio frutos tan variados, en tantos terrenos, que es comprensible que a veces se confunda el tronco con una rama o con un esqueje. Podemos contemplar la historia del humanismo como historia de la alta filología, para unas docenas de especialistas, o, bien de otro modo, como historia de la 'enseñanza general básica', poco menos que para las masas; como sólida escuela de pensamiento o como comportamiento superficial y hasta frívolo mimetismo, como fundamentalmente italiano o como fecundo sobre todo a este lado de los Alpes... Según la ocasión en que lo sorprendamos, podemos pintarlo estoico o aristotélico, popular o aristocrático, creador o erudito... Podemos incluso resolver por nuestra cuenta las contradicciones que desde el principio arrastró y preferirlo, por ejemplo, cuando descubre en los clásicos el sentido de la historia o bien cuando traiciona el sentido de la historia para vindicar a los clásicos. De todo ello y mucho más hay en los caminos del humanismo, desde los mismísimos comienzos; y, en definitiva, la etiqueta es de nuestros días y somos libres de ponérsela a quien nos parezca oportuno.

\*\* No careció el humanismo, con todo, de una idea del hombre, característica, ya que no exclusiva. Como es cuestión que se ha prestado y sigue prestándose a multitud de equívocos, he destinado uno de los «Excursos» a ilustrarla en el Renacimiento español, que acoge esencialmente los mismos tópicos que en el resto de Europa sobre el engarce entre los *studia humanitatis* y la *dignitas hominis*. El estudio que ahí se reimprime, corregido y puesto al día, fue primero discurso de clausura del XIX<sup>o</sup> *Colloque International d'Études Humanistes* (Tours, julio de 1976) y se publicó luego en el *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid, 1978, págs. 895-914, y, en versión francesa de C. y M. Cavillac, en *L'humanisme dans les lettres espagnoles*, ed. A. Redondo, París, 1979, págs. 31-50.

Con todo y con eso, caben pocas dudas de que cuando menos es lícito llamar *humanismo* a una tradición histórica perfectamente deslindable, a una línea de continuidad de hombres de letras que se transfieren ciertos saberes de unos a otros y se sienten herederos de un mismo legado y, por polémicamente que a menudo sea, también vinculados entre sí. Es la línea que de Petrarca lleva a Coluccio Salutati, a Crisoloras, a Leonardo Bruni, a Alberti, a Valla y a centenares de hombres oscuros. En un llamativo número de casos, la sucesión directa de maestros y discípulos puede seguirse durante cerca de dos siglos desde la edad de Petrarca, «il primo il quale ebbe tanta grazia d'ingegno, che riconobbe e rivocò in luce l'antica leggiadria dello stilo perduto e spento». Que esa línea arranca de Petrarca, «reflorescentis eloquentiae princeps», y que sólo «post Petrarcham emergerunt litterae», es convicción que comparten desde luego Bruni y Flavio Biondo igual que Erasmo, Luis Vives o Escalígero. De suerte que ni siquiera sería exagerado afirmar que el humanismo fue en muchos puntos el proceso de transmisión, desarrollo y revisión de las grandes lecciones de Petrarca.

De hecho, por ahí va en gran medida la perspectiva que adopto en el presente libro, donde, siguiendo el progreso, los meandros y las ramificaciones de esa línea de continuidad hubiera querido hacer justicia a cada episodio, a cada fenómeno singular, situándolo a la altura que le corresponde en el tiempo, pero también, y con hincapié, viéndolo siempre en el horizonte del grandioso destino que los pioneros soñaron para los renacidos *studia humanitatis*. En vez de proyectar sobre éstos las sugerencias que la palabra “humanismo” suscita en nuestros días, como tantas veces se ha hecho, yo he creído más revelador y más interesante procurar contemplarlos un poco con los ojos de los fundadores, preguntándome cómo se concretaban en los principales estadios y en las individualidades supremas el ‘programa mínimo’ y el ‘programa máximo’ que fueron gestándose en los orígenes del movimiento.

En cualquier caso, las páginas que siguen, pese a atenerse primordialmente a un diseño narrativo, no pretenden ofrecer un panorama completo ni cumplir el mismo papel que ninguna de las valiosas obras de consulta existentes sobre la materia, en especial para el dominio italiano: son sencillamente un ensayo de interpretación del humanismo en tanto etapa esencial en la historia de la cultura europea, y, como tal ensayo, quisieran conseguir, en palabras de Adorno, que «la totalidad brille por un momento en cada rasgo... pero sin afirmar que la totalidad misma esté presente» necesariamente en cada una de las estampas escogidas.

Una estrategia no sé si afortunada me ha sugerido reservar para el final del ensayo, al par de capitulillos centrados en Erasmo, el tratamiento de algunos presupuestos del humanismo — por ejemplo, en el campo de la retórica— que examinados al principio del libro pienso que hubieran entorpecido la presentación de otros aspectos ahí más necesarios para conseguir el adecuado diseño de conjunto. Inserto donde va, creo que realiza justamente el carácter recapitulativo que una semblanza de Erasmo —cuya trayectoria repite gran parte del itinerario previamente recorrido en Italia— por fuerza ha de tener en el marco de un intento de explicación del humanismo.\*\*\*

Cumplo de mil amores la obligación de decir algunas palabras de gratitud. Francesco Bruni me pidió «venti o venticinque car-

\*\*\* Como no era cosa de aducir todas las referencias bibliográficas a que podían dar pie los distintos asuntos rozados, limito las notas a la identificación de los principales textos que cito (cuando era posible y aconsejable, a través de algún estudio de especial importancia) y de unos pocos títulos tomados particularmente en cuenta en los párrafos correspondientes. Nótese, por otra parte, que la ortografía de los humanistas no siempre coincide con la del latín clásico y que, cuando existe edición crítica o es bien conocido el uso del autor alegado, aquí se respetan sus peculiaridades: no sorprendan, pues, formas como *litere* por *litterae*, *nivhil* por *nihil*, etc., etc. Las excepciones a esa regla (como *Elegantiae*, por *Elegantie*) se han hecho a favor de las convenciones clásicas.

telle» sobre el humanismo para un volumen de la serie *L'Italia e la formazione della cultura europea* y tuvo la gentileza de querer imprimir las sesenta o setenta que fui enviándole, a golpe de fax, cuando la aparición de la obra parecía inminente. Como el proyecto, por fortuna, acabó por retrasarse un año entero, tuvo también la cortesía de aceptar en segunda instancia un texto más acorde con el encargo primitivo y dejarme en libertad de rehacer a mi conveniencia el que en su momento le había entregado.

Giuseppe Billanovich, mi querido maestro, acogió esa nueva versión, la que ahora se publica, con una aprobación que yo le agradezco como si fuera de verdad, y no otra prueba de su generoso cariño. En San Gimignano, por invitación y con la grata hospitalidad de Roberto Cardini y Mariangela Regoliosi, leí las secciones IV y VI como parte de un seminario del Centro di Studi sul Classicismo y me beneficié de los estimulantes comentarios de Domenico De Robertis, Donatella Coppini y Armando Balduino. Silvia Rizzo, a su vez, sometió mi original a un útil y bondadoso expurgo. A Rino Avesani, Maria Grazia Blasio, Vincenzo Fera, Mirella Ferrari, Tino Foffano, Nicholas Mann, Alfredo Stussi y Gema Vallín debo observaciones y ayudas bibliográficas sin las cuales estas páginas serían todavía más pobres.

Mientras las escribía, en cualquier caso, había pensado yo que podían prestar algún servicio a quienes en los estudios que les son propios con frecuencia tropiezan con los nombres y los libros de un Petrarca, un Valla o un Poliziano, y no siempre aciertan a enhebrar el hilo que los une, la secuencia que los articula; había fantaseado que mi óptica de gran angular podía incluso ofrecer ciertas sugerencias de interés para los especialistas que, legítimamente, escudriñan el humanismo desde puntos de vista más monográficos; pero confieso que muchas veces me ilusionaba sobre todo con otro destinatario ideal, que sin duda iba a despellejarme con objeciones tan pertinentes como inesperadas, pero que, fuera como fuese, podía apreciar el libro y convertirlo en la espléndida *conversation piece* de una madrugada más. A esa sombra inolvidable va dedicado ahora *El sueño del humanismo*.